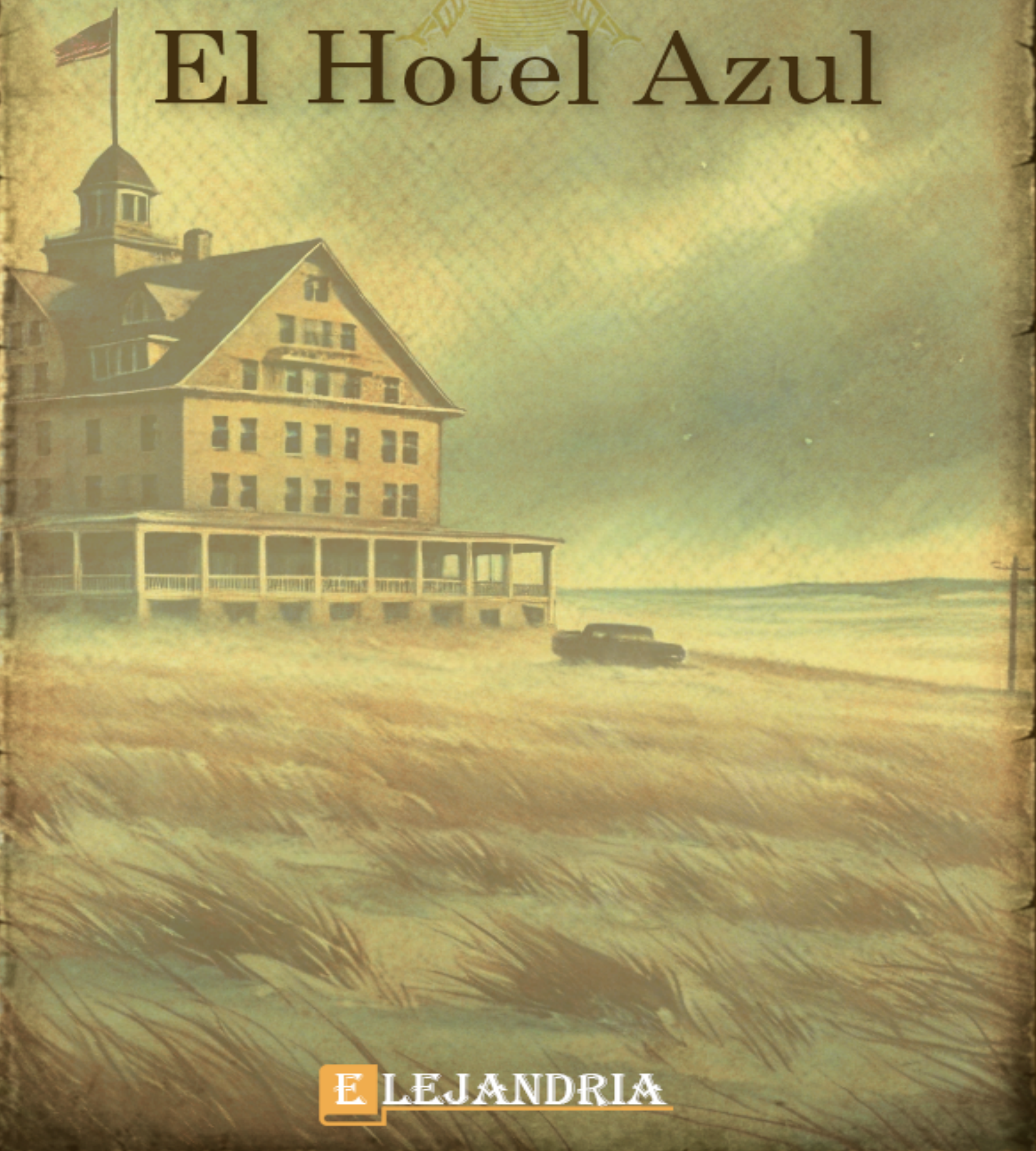


Stephen Crane

El Hotel Azul



E LEJANDRIA

Stephen Crane

El Hotel Azul



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

## **EL HOTEL AZUL**

**STEPHEN CRANE**

**PUBLICADO: 1896**

**FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

**EDICIÓN: COLLIER'S WEEKLY, VOL. 22, No. 8**

**TRADUCTOR: ELEJANDRÍA**

# **EL HOTEL AZUL**

**STEPHEN CRANE**

## **I**

El Hotel Palace en Fort Romper estaba pintado de un azul claro, un tono que se ve en las patas de cierto tipo de garza, haciendo que el ave declare su posición contra cualquier fondo. El Hotel Palace, entonces, siempre estaba gritando y aullando de una manera que hacía que el deslumbrante paisaje invernal de Nebraska pareciera solo un silencio gris y pantanoso. Se alzaba solo en la pradera, y cuando la nieve caía, el pueblo a doscientos metros de distancia no era visible. Pero cuando el viajero descendía en la estación de tren, se veía obligado a pasar frente al Hotel Palace antes de llegar al conjunto de casas bajas de tablones que componían Fort Romper, y no se podía pensar que algún viajero pudiera pasar por el Hotel Palace sin mirarlo. Pat Scully, el propietario, había demostrado ser un maestro de la estrategia cuando eligió sus pinturas. Es cierto que en días despejados, cuando los grandes expresos transcontinentales,

largas filas de vagones Pullman oscilantes, barrían Fort Romper, los pasajeros quedaban abrumados ante la vista, y el culto que conoce los marrones rojizos y las subdivisiones de los verdes oscuros del Este expresaba vergüenza, lástima, horror, en una risa. Pero para los ciudadanos de este pueblo de la pradera, y para las personas que naturalmente se detendrían allí, Pat Scully había realizado una hazaña. Con esta opulencia y esplendor, estas creencias, clases y egotismos que fluían a través de Romper sobre los rieles día tras día, no compartían ningún color en común.

Como si los deleites exhibidos de un hotel azul de tal calibre no fueran suficientemente tentadores, era hábito de Scully ir cada mañana y tarde a encontrarse con los trenes pausados que paraban en Romper y ejercer sus seducciones sobre cualquier hombre que pudiera ver vacilando, maleta en mano.

Una mañana, cuando una locomotora cubierta de nieve arrastró su larga hilera de vagones de carga y su único coche de pasajeros hasta la estación, Scully realizó la maravilla de atrapar a tres hombres. Uno era un sueco tembloroso y de ojos rápidos, con una gran valija barata y brillante; otro era un vaquero alto y bronceado, que se dirigía a un rancho cerca de la frontera con Dakota; el tercero era un hombre pequeño y silencioso del Este, que no lo aparentaba y no lo anunciaba. Scully prácticamente los hizo prisioneros. Era tan ágil, alegre y amable que cada uno probablemente sintió que sería el colmo de la brutalidad intentar escapar. Caminaron penosamente sobre las aceras de tablones crujientes tras el ansioso irlandés. Llevaba un pesado gorro de piel apretado en su cabeza. Hacía que sus dos orejas rojas sobresalieran rígidamente, como si estuvieran hechas de lata.

Finalmente, Scully, elaboradamente, con bulliciosa hospitalidad, los condujo a través de los portales del hotel azul. La habitación a la que entraron era pequeña. Parecía ser meramente un templo adecuado para una estufa enorme que, en el centro, zumbaba con violencia divina. En varios puntos de su superficie, el hierro se había vuelto luminoso y brillaba amarillo por el calor. Junto a la estufa, el

hijo de Scully, Johnnie, jugaba al "High-Five" con un viejo granjero que tenía bigotes grises y arenosos. Discutían. Frecuentemente, el viejo granjero volvía su rostro hacia una caja de aserrín—coloreado de marrón por el jugo de tabaco—que estaba detrás de la estufa, y escupía con un aire de gran impaciencia e irritación. Con una ruidosa floritura de palabras, Scully interrumpió el juego de cartas y apresuró a su hijo escaleras arriba con parte del equipaje de los nuevos huéspedes. Él mismo los condujo a tres lavabos con el agua más fría del mundo. El vaquero y el hombre del Este se frotaron vigorosamente hasta quedar rojos con esta agua, hasta que pareció ser algún tipo de pulidor de metales. El sueco, sin embargo, solo sumergió sus dedos con cautela y con temor. Era notable que a lo largo de esta serie de pequeñas ceremonias, los tres viajeros sintieron que Scully era muy benevolente. Les estaba otorgando grandes favores. Pasaba la toalla de uno a otro con un aire de impulso filantrópico.

Después fueron a la primera habitación y, sentados alrededor de la estufa, escucharon el clamor oficioso de Scully hacia sus hijas, que preparaban la comida del mediodía. Reflexionaban en el silencio de hombres experimentados que caminan con cuidado entre nuevas personas. Sin embargo, el viejo granjero, estacionario, invencible en su silla cerca de la parte más cálida de la estufa, volvía su rostro de la caja de aserrín con frecuencia y dirigía un resplandeciente comentario trivial a los extraños. Usualmente era respondido en frases cortas pero adecuadas por el vaquero o el hombre del Este. El sueco no decía nada. Parecía estar ocupado haciendo estimaciones furtivas de cada hombre en la habitación. Podría pensarse que tenía el sentido de una tonta sospecha que viene con la culpa. Se parecía a un hombre muy asustado.

Más tarde, en la cena, habló un poco, dirigiendo su conversación enteramente a Scully. Voluntariamente dijo que había venido de Nueva York, donde durante diez años había trabajado como sastre. Estos hechos parecieron fascinar a Scully, y después voluntariamente comentó que había vivido en Romper durante catorce años. El sueco preguntó sobre las cosechas y el precio de la mano de obra. Parecía

apenas escuchar las extensas respuestas de Scully. Sus ojos continuaban vagando de un hombre a otro.

Finalmente, con una risa y un guiño, dijo que algunas de estas comunidades occidentales eran muy peligrosas; y después de su declaración, estiró sus piernas bajo la mesa, inclinó la cabeza y volvió a reír, en voz alta. Era evidente que la demostración no tenía significado para los demás. Lo miraron con asombro y en silencio.

## II

Cuando los hombres regresaron pesadamente a la habitación delantera, las dos pequeñas ventanas presentaban vistas de un mar tumultuoso de nieve. Los enormes brazos del viento intentaban—poderosos, circulares, fútiles—abrazar los copos mientras aceleraban. Un poste de la verja, como un hombre quieto con el rostro pálido, permanecía atónito en medio de esta furia pródiga. Con voz jovial, Scully anunció la presencia de una ventisca. Los huéspedes del hotel azul, encendiendo sus pipas, asintieron con gruñidos de perezosa satisfacción masculina. Ninguna isla del mar podría estar exenta en el grado de esta pequeña habitación con su estufa zumbante. Johnnie, hijo de Scully, en un tono que definía su opinión sobre su habilidad como jugador de cartas, desafió al viejo granjero de bigotes grises y arenosos a un juego de "High-Five". El granjero aceptó con un desdeñoso y amargo bufido. Se sentaron cerca de la estufa y cuadraron sus rodillas bajo una tabla ancha. El vaquero y el hombre del Este observaron el juego con interés. El sueco permaneció cerca de la ventana, distante, pero con un semblante que mostraba signos de una inexplicable excitación.

El juego de Johnnie y el barbudo terminó repentinamente por otra pelea. El viejo se levantó lanzando una mirada de ardiente desprecio a su adversario. Lentamente abotonó su abrigo y luego salió de la habitación con una fabulosa dignidad. En el discreto silencio de todos los demás hombres, el sueco se rió. Su risa sonó de algún modo infantil. Los hombres, para este momento, habían comenzado a mirarlo de soslayo, como si desearan preguntarle qué le pasaba.

Un nuevo juego se formó jovialmente. El vaquero se ofreció para ser el compañero de Johnnie, y todos se volvieron entonces para pedirle al sueco que se uniera al pequeño hombre del Este. Hizo algunas preguntas sobre el juego, y al enterarse de que tenía muchos nombres y que lo había jugado bajo un alias, aceptó la invitación. Caminó hacia los hombres nerviosamente, como si esperara ser agredido. Finalmente, sentado, miró de rostro en rostro y rió estridentemente. Esta risa fue tan extraña que el hombre del Este levantó la vista rápidamente, el vaquero se sentó atento y con la boca abierta, y Johnnie se detuvo, sosteniendo las cartas con dedos inmóviles.

Después hubo un breve silencio. Entonces Johnnie dijo:

—Bueno, vamos a empezar. ¡Vamos ahora!

Acercaron sus sillas hasta que sus rodillas se juntaron bajo la tabla. Comenzaron a jugar, y su interés en el juego hizo que los demás olvidaran el comportamiento del sueco.

El vaquero era un golpeador de mesa. Cada vez que tenía cartas superiores, las golpeaba, una por una, con fuerza excesiva sobre la mesa improvisada, y tomaba las bazas con un aire resplandeciente de destreza y orgullo que enviaba escalofríos de indignación a los corazones de sus oponentes. Un juego con un golpeador de mesa seguramente se vuelve intenso. Los semblantes del hombre del Este y del sueco eran miserables cada vez que el vaquero hacía tronar sus ases y reyes, mientras Johnnie, sus ojos brillando de alegría, se reía y reía.

Debido al juego absorbente, nadie consideró las extrañas maneras del sueco. Prestaron estricta atención al juego. Finalmente, durante una pausa causada por una nueva mano, el sueco repentinamente se dirigió a Johnnie:

—Supongo que ha habido muchos hombres asesinados en esta habitación.

Las mandíbulas de los demás cayeron y lo miraron.

—¿De qué diablos estás hablando? —dijo Johnnie.

El sueco rió de nuevo su risa estridente, llena de una especie de falso coraje y desafío.

—Oh, ya sabes a qué me refiero —respondió.

—¡Miento si lo sé! —protestó Johnnie.

El juego se detuvo y los hombres miraron al sueco. Evidentemente, Johnnie sintió que, como hijo del propietario, debía hacer una pregunta directa.

—Ahora, ¿a qué te refieres, señor? —preguntó.

El sueco le guiñó un ojo. Fue un guiño lleno de astucia. Sus dedos temblaban en el borde de la mesa.

—Oh, tal vez piensas que no he estado en ningún lado. Tal vez piensas que soy un novato.

—No sé nada de ti —respondió Johnnie—, y me importa un comino dónde has estado. Todo lo que tengo que decir es que no sé a qué te refieres. Aquí nunca ha sido asesinado nadie.

El vaquero, que había estado mirando fijamente al sueco, entonces habló.

—¿Qué te pasa, amigo?

Aparentemente, al sueco le pareció que estaba formidablemente amenazado. Tembló y palideció cerca de las comisuras de su boca. Envió una mirada suplicante en dirección al pequeño hombre del

Este. Durante estos momentos, no olvidó mostrar su aire de valor potenciado por el alcohol.

—Dicen que no saben a qué me refiero —comentó burlescamente al hombre del Este.

Este último respondió después de una prolongada y cautelosa reflexión.

—No te entiendo —dijo, impasible.

El sueco hizo un movimiento que anunciaba que pensaba que había encontrado traición desde el único lugar donde esperaba simpatía, si no ayuda.

—Oh, ya veo que todos están contra mí. Veo...

El vaquero estaba en un estado de profunda estupefacción.

—Oye —exclamó, mientras arrojaba el mazo violentamente sobre la mesa—. Oye, ¿qué te pasa, eh?

El sueco saltó con la celeridad de un hombre que escapa de una serpiente en el suelo.

—¡No quiero pelear! —gritó—. ¡No quiero pelear!

El vaquero estiró sus largas piernas con indolencia y deliberación. Sus manos estaban en sus bolsillos. Escupió en la caja de aserrín.

—Bueno, ¿quién diablos pensó que querías? —inquirió.

El sueco retrocedió rápidamente hacia una esquina de la habitación. Sus manos estaban extendidas protectivamente frente a su pecho, pero estaba haciendo un obvio esfuerzo por controlar su miedo.

—Caballeros —balbuceó—, ¡supongo que me van a matar antes de que pueda salir de esta casa! ¡Supongo que me van a matar antes de que pueda salir de esta casa!

En sus ojos estaba la mirada del cisne moribundo. A través de las ventanas se podía ver la nieve volviéndose azul en la sombra del

crepúsculo. El viento azotaba la casa y alguna cosa suelta golpeaba regularmente contra las tablas, como un espíritu tocando.

Se abrió una puerta y Scully mismo entró. Se detuvo sorprendido al notar la actitud trágica del sueco. Luego dijo:

—¿Qué pasa aquí?

El sueco le respondió rápida y ansiosamente:

—Estos hombres me van a matar.

—¿Matarte? —exclamó Scully—. ¿Matarte? ¿De qué estás hablando?

El sueco hizo el gesto de un mártir.

Scully se volvió severamente hacia su hijo.

—¿Qué es esto, Johnnie?

El muchacho se había vuelto hosco.

—Maldita sea si lo sé —respondió—. No puedo entenderlo.

Comenzó a barajar las cartas, mezclándolas con un chasquido enojado.

—Dice que han matado a muchos hombres en esta habitación, o algo así. Y dice que lo van a matar aquí también. No sé qué le pasa. Está loco, no me extrañaría.

Scully entonces buscó una explicación en el vaquero, pero el vaquero simplemente se encogió de hombros.

—¿Matarte? —dijo Scully de nuevo al sueco—. ¿Matarte? Hombre, estás loco.

—Oh, lo sé —estalló el sueco—. Sé lo que pasará. Sí, estoy loco, sí. Sí, por supuesto, estoy loco, sí. ¡Pero sé una cosa...!

Había una especie de sudor de miseria y terror en su rostro.

—Sé que no saldré vivo de aquí.

El vaquero respiró hondo, como si su mente estuviera pasando a las últimas etapas de la disolución.

—Bueno, estoy asombrado —susurró para sí mismo.

Scully giró repentinamente y enfrentó a su hijo.

—¡Has estado molestando a este hombre!

La voz de Johnnie era fuerte con su carga de agravio.

—¡Pero, Dios santo, no le he hecho nada!

El sueco interrumpió.

—Caballeros, no se molesten. Me iré de esta casa. Me iré porque...

Los acusó dramáticamente con su mirada.

—Porque no quiero ser asesinado.

Scully estaba furioso con su hijo.

—¿Me dirás qué pasa, muchacho? ¿Qué pasa, de todos modos? ¡Habla!

—¡Maldición! —gritó Johnnie desesperado—. ¿No te digo que no lo sé? Él... él dice que queremos matarlo, y eso es todo lo que sé. No puedo decir qué le pasa.

El sueco continuó repitiendo:

—No importa, señor Scully, no importa. Me iré de esta casa. Me iré porque no deseo ser asesinado. Sí, por supuesto, estoy loco, sí. ¡Pero sé una cosa! Me iré. Me iré de esta casa. No importa, señor Scully, no importa. Me iré.

—No te irás —dijo Scully—. No te irás hasta que escuche la razón de este asunto. Si alguien te ha molestado, me encargaré de él. Esta es mi casa. Estás bajo mi techo, y no permitiré que ningún hombre pacífico sea molestado aquí.

Lanzó una mirada terrible a Johnnie, al vaquero y al hombre del Este.

—No importa, señor Scully; no importa. Me iré. No deseo ser asesinado.

El sueco se movió hacia la puerta que daba a las escaleras. Evidentemente, su intención era ir de inmediato por su equipaje.

—No, no —gritó Scully perentoriamente; pero el hombre de rostro pálido pasó a su lado y desapareció.

—Ahora —dijo Scully severamente—, ¿qué significa esto?

Johnnie y el vaquero gritaron juntos:

—¡Pero si no le hicimos nada!

Los ojos de Scully estaban fríos.

—No —dijo—, ¿no lo hicieron?

Johnnie juró un profundo juramento.

—¡Bueno, este es el loco más salvaje que he visto! No le hicimos nada en absoluto. Estábamos aquí sentados jugando a las cartas y él...

El padre habló repentinamente al hombre del Este.

—Señor Blanc —preguntó—, ¿qué han estado haciendo estos muchachos?

El hombre del Este reflexionó de nuevo.

—No vi nada malo en absoluto —dijo finalmente, lentamente.

Scully comenzó a aullar.

—¡Pero qué significa esto!

Miró ferozmente a su hijo.

—Tengo ganas de darte una paliza por esto, muchacho.

Johnnie estaba frenético.

—¡Bueno, ¿qué he hecho? —gritó a su padre.

### III

—Creo que están mudos —dijo Scully finalmente a su hijo, al vaquero y al hombre del Este, y al final de esta frase desdeñosa abandonó la habitación.

Arriba, el sueco abrochaba rápidamente las correas de su gran valija. Una vez, su espalda estuvo medio vuelta hacia la puerta, y al oír un ruido allí, giró y saltó, profiriendo un fuerte grito. El rostro arrugado de Scully apareció sombrío bajo la luz de la pequeña lámpara que llevaba. Esta amarilla efusión, fluyendo hacia arriba, coloreaba solo sus rasgos prominentes y dejaba sus ojos, por ejemplo, en misteriosa sombra. Se parecía a un asesino.

—¡Hombre, hombre! —exclamó—, ¿te has vuelto loco?

—¡Oh, no! ¡Oh, no! —replicó el otro—. Hay gente en este mundo que sabe casi tanto como usted, ¿entiende?

Por un momento se quedaron mirando el uno al otro. En las pálidas mejillas mortecinas del sueco había dos manchas de un rojo brillante y bordes nítidos, como si hubieran sido cuidadosamente pintadas. Scully colocó la luz sobre la mesa y se sentó en el borde de la cama. Habló reflexivamente:

—Vaya, nunca había oído algo así en mi vida. Es un completo lío. No puedo por mi alma pensar cómo se te ocurrió esta idea.

Al poco tiempo levantó los ojos y preguntó:

—Y, ¿de verdad pensaste que iban a matarte?

El sueco examinó al anciano como si quisiera ver dentro de su mente.

—Sí —dijo al fin.

Obviamente sospechaba que esta respuesta podría precipitar un estallido. Mientras tiraba de una correa, todo su brazo temblaba, el codo vacilando como un trozo de papel.

Scully golpeó su mano impresionantemente en el pie de la cama.

—¡Hombre, vamos a tener una línea de tranvías eléctricos en este pueblo la próxima primavera!

—"¿Una línea de tranvías eléctricos?" —repitió el sueco estúpidamente.

—Y —dijo Scully—, hay un nuevo ferrocarril que se construirá desde Broken Arm hasta aquí. Sin mencionar las cuatro iglesias y la enorme escuela de ladrillo. Luego está la gran fábrica también. Vaya, en dos años Romper será una metrópoli.

Habiendo terminado la preparación de su equipaje, el sueco se enderezó.

—Señor Scully —dijo con repentina audacia—, ¿cuánto le debo?

—No me debes nada —dijo el anciano enojado.

—Sí, sí le debo —replicó el sueco.

Sacó setenta y cinco centavos de su bolsillo y se los ofreció a Scully; pero este último chasqueó los dedos en señal de desdeñosa negativa. Sin embargo, sucedió que ambos se quedaron mirando de una manera extraña las tres piezas de plata en la palma abierta del sueco.

—No aceptaré tu dinero —dijo Scully al fin—. No después de lo que ha estado pasando aquí.

Entonces pareció ocurrírsele un plan.

—Aquí —exclamó, tomando su lámpara y moviéndose hacia la puerta—. ¡Aquí! Ven conmigo un minuto.

—No —dijo el sueco con abrumador temor.

—Sí —insistió el anciano—. ¡Vamos! Quiero que veas una fotografía, justo al otro lado del pasillo, en mi habitación.

El sueco debió haber concluido que su hora había llegado. Su mandíbula cayó y sus dientes se mostraron como los de un muerto. Finalmente siguió a Scully a través del corredor, pero tenía el paso de alguien cargado con cadenas.

Scully alzó la luz hacia la pared de su propia habitación. Se reveló una fotografía ridícula de una niña pequeña. Estaba apoyada contra una balaustrada de lujosa decoración, y el formidable flequillo de su cabello era prominente. La figura era tan graciosa como un poste de trineo, y, además, era del tono del plomo.

—Ahí —dijo Scully tiernamente—. Esa es la foto de mi niñita que murió. Se llamaba Carrie. ¡Tenía el cabello más bonito que hayas visto! Yo la quería tanto, ella...

Al girarse, vio que el sueco no estaba contemplando la fotografía en absoluto, sino que, en cambio, mantenía una atenta vigilancia en la penumbra detrás.

—¡Mira, hombre! —gritó Scully cordialmente—. Esa es la foto de mi pequeña que murió. Se llamaba Carrie. Y aquí está la foto de mi hijo mayor, Michael. Es abogado en Lincoln y le va bien. Le di a ese chico una gran educación, y ahora me alegro por ello. Es un buen muchacho. Míralo ahora. ¿No es audaz como el fuego, él allí en Lincoln, un caballero honrado y respetado? Un caballero honrado y respetado —concluyó Scully con énfasis.

Y diciendo esto, golpeó jovialmente al sueco en la espalda.

El sueco sonrió débilmente.

—Ahora —dijo el anciano—, solo hay una cosa más.

De repente se dejó caer al suelo y metió la cabeza debajo de la cama. El sueco pudo escuchar su voz amortiguada.

—La mantendría bajo mi almohada si no fuera por ese chico Johnnie. Luego está la vieja... ¿Dónde está ahora? Nunca la pongo dos veces en el mismo lugar. ¡Ah, ahora sal de ahí!

Al poco tiempo retrocedió torpemente de debajo de la cama, arrastrando con él un viejo abrigo enrollado en un paquete.

—Lo he traído —murmuró.

Arrodillado en el suelo, desenrolló el abrigo y extrajo de su interior una gran botella de whisky color amarillo-marrón.

Su primera maniobra fue sostener la botella a la luz. Tranquilizado, aparentemente, de que nadie había estado manipulándola, la extendió con un movimiento generoso hacia el sueco.

El sueco, de rodillas débiles, estaba a punto de agarrar con avidez este elemento de fuerza, pero de repente retiró su mano y lanzó una mirada de horror a Scully.

—Bebe —dijo el anciano afectuosamente.

Se había levantado y ahora estaba frente al sueco.

Hubo un silencio. Luego, nuevamente, Scully dijo:

—¡Bebe!

El sueco rió salvajemente. Agarró la botella, se la llevó a la boca, y mientras sus labios se curvaban absurdamente alrededor de la abertura y su garganta trabajaba, mantuvo su mirada ardiendo de odio sobre el rostro del anciano.

## IV

Tras la partida de Scully, los tres hombres, aún con el tablero de cartas sobre sus rodillas, permanecieron durante mucho tiempo en un asombrado silencio. Entonces Johnnie dijo:

—Ese es el sueco más maldito que jamás he visto.

—No es ningún sueco —dijo el vaquero con desdén.

—Bueno, ¿qué es entonces? —gritó Johnnie—. ¿Qué es entonces?

—En mi opinión —respondió el vaquero deliberadamente—, es una especie de alemán.

Era una costumbre venerable del país denominar suecos a todos los hombres de cabello claro que hablaban con lengua pesada. En consecuencia, la idea del vaquero no carecía de osadía.

—Sí, señor —repitió—. En mi opinión, este tipo es una especie de alemán.

—Bueno, él dice que es sueco, de todos modos —murmuró Johnnie con mal humor.

Se volvió hacia el hombre del Este.

—¿Qué piensa usted, señor Blanc?

—Oh, no lo sé —respondió el hombre del Este.

—Bueno, ¿qué cree que lo hace actuar así? —preguntó el vaquero.

—Pues, está asustado.

El hombre del Este golpeó su pipa contra un borde de la estufa.

—Está completamente asustado.

—¿De qué? —gritaron Johnnie y el vaquero al unísono.

El hombre del Este reflexionó sobre su respuesta.

—¿De qué? —gritaron los otros de nuevo.

—Oh, no lo sé, pero me parece que este hombre ha estado leyendo novelitas de diez centavos, y piensa que está justo en medio de ellas: los tiroteos y apuñalamientos y todo eso.

—Pero —dijo el vaquero, profundamente escandalizado—, esto no es Wyoming ni ninguno de esos lugares. Esto es Nebraska.

—Sí —añadió Johnnie—, y ¿por qué no espera hasta que llegue al Oeste?

El viajado hombre del Este rió.

—Ni siquiera allí es diferente, no en estos días. Pero él piensa que está en medio del infierno.

Johnnie y el vaquero meditaron largamente.

—Es muy gracioso —comentó Johnnie al fin.

—Sí —dijo el vaquero—. Este es un juego raro. Espero que no quedemos atrapados por la nieve, porque entonces tendríamos que soportar a este tipo con nosotros todo el tiempo. Eso no sería bueno.

—Ojalá papá lo echara —dijo Johnnie.

Al poco tiempo oyeron un fuerte pisoteo en las escaleras, acompañado de bromas resonantes en la voz del viejo Scully y risas, evidentemente del sueco. Los hombres alrededor de la estufa se miraron vaciamente.

—Caray —dijo el vaquero.

La puerta se abrió de golpe y el viejo Scully, ruborizado y anecdótico, entró en la habitación. Estaba parloteando con el sueco, que lo seguía, riendo valientemente. Era la entrada de dos juerguistas de un salón de banquetes.

—Vamos ahora —dijo Scully bruscamente a los tres hombres sentados—, muévanse y déjennos un lugar junto a la estufa.

El vaquero y el hombre del Este obedientemente deslizaron sus sillas para hacer espacio a los recién llegados. Johnnie, sin embargo, simplemente se acomodó en una postura más indolente y luego permaneció inmóvil.

—¡Vamos! Muévete de ahí —dijo Scully.

—Hay mucho espacio al otro lado de la estufa —dijo Johnnie.

—¿Crees que queremos sentarnos en la corriente de aire? —rugió el padre.

Pero el sueco intervino aquí con una grandeza de confianza.

—No, no. Deja que el muchacho se siente donde quiera —gritó con voz autoritaria al padre.

—Está bien, está bien —dijo Scully deferentemente.

El vaquero y el hombre del Este intercambiaron miradas de asombro.

Las cinco sillas formaron una media luna alrededor de un lado de la estufa. El sueco comenzó a hablar; habló con arrogancia, profanidad y enojo. Johnnie, el vaquero y el hombre del Este mantuvieron un silencio malhumorado, mientras el viejo Scully parecía receptivo y ansioso, interrumpiendo constantemente con exclamaciones de simpatía.

Finalmente, el sueco anunció que tenía sed. Se movió en su silla y dijo que iría por un trago de agua.

—Yo te la traeré —gritó Scully de inmediato.

—No —dijo el sueco despectivamente—. La buscaré yo mismo.

Se levantó y caminó con aire de dueño hacia las partes ejecutivas del hotel.

Tan pronto como el sueco estuvo fuera de oído, Scully saltó de su asiento y susurró intensamente a los demás.

—Allá arriba pensó que intentaba envenenarlo.

—Oye —dijo Johnnie—, esto me enferma. ¿Por qué no lo echas a la nieve?

—Bueno, ahora está bien —declaró Scully—. Solo que era del Este y pensó que este era un lugar rudo. Eso es todo. Ahora está bien.

El vaquero miró con admiración al hombre del Este.

—Estabas en lo cierto —dijo—. Tenías razón sobre ese alemán.

—Bueno —dijo Johnnie a su padre—, puede que ahora esté bien, pero yo no lo veo. Antes estaba asustado, y ahora está demasiado fresco.

El discurso de Scully siempre fue una combinación de acento irlandés e idioma, acento occidental e idioma y fragmentos de curiosa dicción formal tomada de los libros de cuentos y periódicos. Ahora lanzó una extraña masa de lenguaje a la cabeza de su hijo.

—¿Qué mantengo? ¿Qué mantengo? ¿Qué mantengo? —exigió en una voz de trueno.

Se golpeó la rodilla impresionantemente para indicar que él mismo iba a responder y que todos debían prestar atención.

—Mantengo un hotel —gritó—. Un hotel, ¿entiendes? Un huésped bajo mi techo tiene privilegios sagrados. No debe ser intimidado por nadie. Ni una palabra escuchará que lo perjudique a favor de irse. No lo permitiré. No hay lugar en este pueblo donde puedan decir que alguna vez acogieron a un huésped mío porque tuvo miedo de quedarse aquí.

Se giró repentinamente hacia el vaquero y el hombre del Este.

—¿Tengo razón?

—Sí, señor Scully —dijo el vaquero—, creo que tiene razón.

—Sí, señor Scully —dijo el hombre del Este—, creo que tiene razón.

## V

A la cena de las seis, el sueco chisporroteaba como una rueda de fuego. A veces parecía a punto de estallar en una canción desenfundada, y en toda su locura era alentado por el viejo Scully. El hombre del Este estaba encerrado en reserva; el vaquero se sentaba boquiabierto de asombro, olvidando comer, mientras Johnnie destruía con ira grandes platos de comida. Las hijas de la casa, cuando se veían obligadas a reponer las galletas, se acercaban con cautela como indias y, habiendo logrado sus propósitos, huían con mal disimulada inquietud. El sueco dominaba todo el festín y le daba la apariencia de un cruel bacanal. Parecía haber crecido repentinamente más alto; miraba, brutalmente desdeñoso, a cada rostro. Su voz resonaba por la habitación. Una vez, cuando lanzó su tenedor como un arpón para pinchar una galleta, el arma casi atravesó la mano del hombre del Este, que había sido extendida tranquilamente hacia la misma galleta.

Después de la cena, mientras los hombres se dirigían a la otra habitación, el sueco golpeó despiadadamente a Scully en el hombro.

—Bueno, viejo, esa fue una buena comida.

Johnnie miró esperanzado a su padre; sabía que ese hombro era sensible por una vieja caída; y de hecho pareció por un momento que Scully iba a estallar por el asunto, pero al final sonrió una sonrisa enfermiza y permaneció en silencio. Los demás entendieron por su actitud que admitía su responsabilidad por la nueva perspectiva del sueco.

Johnnie, sin embargo, se dirigió a su padre en un aparte.

—¿Por qué no autorizas a alguien a patearte escaleras abajo?

Scully frunció el ceño oscuramente en señal de respuesta.

Cuando se reunieron alrededor de la estufa, el sueco insistió en otro juego de "High-Five". Scully al principio desestimó suavemente el plan, pero el sueco le lanzó una mirada lupina. El anciano cedió y el sueco sondeó a los demás. En su tono siempre había una gran amenaza. El vaquero y el hombre del Este comentaron indiferentemente que jugarían. Scully dijo que pronto tendría que ir

a recibir el tren de las 6:58, y entonces el sueco se volvió amenazadoramente hacia Johnnie. Por un momento sus miradas se cruzaron como espadas, y luego Johnnie sonrió y dijo:

—Sí, jugaré.

Formaron un cuadrado con el pequeño tablero sobre sus rodillas. El hombre del Este y el sueco eran de nuevo compañeros. A medida que el juego avanzaba, era notable que el vaquero no golpeaba la mesa como de costumbre. Mientras tanto, Scully, cerca de la lámpara, se había puesto las gafas y, con una apariencia curiosamente similar a la de un viejo sacerdote, leía un periódico. Con el tiempo salió a recibir el tren de las 6:58 y, a pesar de sus precauciones, una ráfaga de viento polar entró en la habitación al abrir la puerta. Además de esparcir las cartas, enfrió a los jugadores hasta los huesos. El sueco maldijo terriblemente. Cuando Scully regresó, su entrada perturbó una escena acogedora y amigable. El sueco volvió a maldecir. Pero pronto volvieron a estar concentrados, con las cabezas inclinadas hacia adelante y las manos moviéndose rápidamente. El sueco había adoptado la costumbre de golpear la mesa.

Scully tomó su periódico y durante mucho tiempo permaneció inmerso en asuntos que le eran extraordinariamente remotos. La lámpara ardía mal y una vez se detuvo para ajustar la mecha. El periódico, al pasar de página en página, crujía con un sonido lento y confortable. Entonces, de repente, escuchó tres terribles palabras:

—¡Estás haciendo trampa!

Tales escenas a menudo prueban que puede haber poco de importancia dramática en el entorno. Cualquier habitación puede presentar un aspecto trágico; cualquier habitación puede ser cómica. Este pequeño antro era ahora horrible como una cámara de tortura. Los nuevos rostros de los hombres mismos lo habían cambiado al instante. El sueco sostenía un enorme puño frente al rostro de Johnnie, mientras este último miraba fijamente sobre él a los ojos llameantes de su acusador. El hombre del Este se había puesto

pálido; la mandíbula del vaquero había caído en esa expresión de asombro bovino que era uno de sus importantes gestos. Después de las tres palabras, el primer sonido en la habitación lo hizo el periódico de Scully al caer olvidado a sus pies. Sus gafas también habían caído de su nariz, pero con un gesto las había salvado en el aire. Su mano, agarrando las gafas, ahora permanecía suspendida torpemente cerca de su hombro. Miró fijamente a los jugadores.

Probablemente el silencio duró un segundo. Entonces, si el suelo hubiera sido repentinamente retirado de debajo de los hombres, no podrían haberse movido más rápido. Los cinco se lanzaron de cabeza hacia un punto común. Sucedió que Johnnie, al levantarse para arrojarse sobre el sueco, tropezó ligeramente debido a su curiosa preocupación instintiva por las cartas y el tablero. La pérdida del momento permitió la llegada de Scully y también permitió al vaquero dar al sueco un gran empujón que lo hizo retroceder tambaleándose. Los hombres encontraron la voz al unísono, y roncós gritos de rabia, súplica o miedo estallaron de cada garganta. El vaquero empujaba y empujaba febrilmente al sueco, y el hombre del Este y Scully se aferraban salvajemente a Johnnie; pero, a través del aire humeante, sobre los cuerpos balanceantes de los pacificadores, los ojos de los dos guerreros siempre se buscaban en miradas de desafío que eran a la vez ardientes y aceradas.

Por supuesto, el tablero había sido volcado y ahora toda la baraja estaba esparcida por el suelo, donde las botas de los hombres pisoteaban a los gordos y pintados reyes y reinas mientras miraban con sus ojos tontos la guerra que se libraba sobre ellos.

La voz de Scully dominaba los gritos.

—¡Deténganse ahora! ¡Deténganse, digo! ¡Deténganse, ahora...!

Johnnie, mientras luchaba por abrirse paso a través del frente formado por Scully y el hombre del Este, gritaba:

—¡Bueno, dice que hice trampa! ¡Dice que hice trampa! ¡No permitiré que nadie diga que hice trampa! ¡Si dice que hice trampa, es un...!

El vaquero le decía al sueco:

—¡Déjalo ahora! ¡Déjalo, ¿oyes...?!

Los gritos del sueco no cesaban.

—¡Él hizo trampa! ¡Lo vi! ¡Lo vi...!

En cuanto al hombre del Este, suplicaba con una voz que no fue atendida.

—Esperen un momento, ¿no pueden? Oh, esperen un momento. ¿De qué sirve una pelea por un juego de cartas? Esperen un momento...

En este tumulto, ninguna frase completa era clara.

—¡Tramposo! —¡Déjalo! —¡Él dice...!

Estos fragmentos perforaban el estruendo y resonaban agudamente. Era notable que, mientras que Scully indudablemente hacía el mayor ruido, era el menos escuchado de cualquier miembro del alborotado grupo.

Entonces, de repente, hubo una gran cesación. Era como si cada hombre hubiera pausado para respirar, y aunque la habitación aún estaba iluminada con la ira de los hombres, se podía ver que no había peligro de conflicto inmediato, y de inmediato Johnnie, abriéndose paso, casi logró enfrentar al sueco.

—¿Por qué dijiste que hice trampa? ¿Por qué dijiste que hice trampa? ¡No hago trampa y no permitiré que nadie diga que lo hago!

El sueco dijo:

—¡Te vi! ¡Te vi!

—Bueno —gritó Johnnie—, ¡pelearé con cualquier hombre que diga que hago trampa!

—No, no lo harás —dijo el vaquero—. No aquí.

—Ah, cállate, ¿no puedes? —dijo Scully, interponiéndose entre ellos.

El silencio fue suficiente para permitir que se escuchara la voz del hombre del Este. Repetía:

—Oh, esperen un momento, ¿no pueden? ¿De qué sirve una pelea por un juego de cartas? Esperen un momento.

Johnnie, su rostro rojo apareciendo sobre el hombro de su padre, llamó de nuevo al sueco.

—¿Dijiste que hice trampa?

El sueco mostró sus dientes.

—Sí.

—Entonces —dijo Johnnie—, tenemos que pelear.

—¡Sí, pelear! —rugió el sueco.

Era como un endemoniado.

—¡Sí, pelear! ¡Te mostraré qué clase de hombre soy! ¡Te mostraré con quién quieres pelear! ¡Tal vez pienses que no puedo pelear! ¡Tal vez pienses que no puedo! ¡Te lo mostraré, canalla, tramposo! ¡Sí, hiciste trampa! ¡Hiciste trampa! ¡Hiciste trampa!

—Bueno, vamos a hacerlo, entonces, señor —dijo Johnnie con frialdad.

La frente del vaquero estaba perlada de sudor por sus esfuerzos en interceptar todo tipo de arremetidas. Se volvió desesperado hacia Scully.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Un cambio había ocurrido en el semblante céltico del anciano. Ahora parecía todo entusiasmo; sus ojos brillaban.

—Los dejaremos pelear —respondió vigorosamente—. No puedo soportarlo más. He aguantado a este maldito sueco hasta que estoy harto. Los dejaremos pelear.

## VI

Los hombres se prepararon para salir al exterior. El hombre del Este estaba tan nervioso que tuvo grandes dificultades para meter los brazos en las mangas de su nuevo abrigo de cuero. Mientras el vaquero se ajustaba el gorro de piel sobre las orejas, sus manos temblaban. De hecho, Johnnie y el viejo Scully eran los únicos que no mostraban agitación. Estos preparativos se llevaron a cabo sin palabras.

Scully abrió de par en par la puerta.

—Bueno, vamos —dijo.

Al instante, un viento terrible hizo que la llama de la lámpara luchara en su mecha, mientras una bocanada de humo negro brotaba de la chimenea. La estufa estaba en medio de la corriente de la ráfaga, y su voz se hinchó para igualar el rugido de la tormenta. Algunas de las cartas marcadas y manchadas fueron levantadas del suelo y lanzadas impotentes contra la pared opuesta. Los hombres agacharon la cabeza y se sumergieron en el vendaval como en un mar.

No caía nieve, pero grandes remolinos y nubes de copos, barridos del suelo por los frenéticos vientos, fluían hacia el sur con la velocidad de balas. La tierra cubierta estaba azul por el brillo de un satén sobrenatural, y no había otro matiz excepto donde, en la baja y negra estación de ferrocarril—que parecía increíblemente distante—una luz brillaba como una pequeña joya. Mientras los hombres se hundían en un ventisquero hasta el muslo, se supo que el sueco estaba gritando algo. Scully se acercó a él, le puso una mano en el hombro y acercó un oído.

—¿Qué dices? —gritó.

—Digo —volvió a gritar el sueco—, que no tendré mucha oportunidad contra esta pandilla. Sé que todos se lanzarán sobre mí.

Scully lo golpeó reprochadoramente en el brazo.

—Bah, hombre —gritó.

El viento arrancó las palabras de los labios de Scully y las esparció lejos a sotavento.

—Todos son una pandilla de... —tronó el sueco, pero la tormenta también se apoderó del resto de esta frase.

Girando inmediatamente la espalda al viento, los hombres habían doblado una esquina hacia el lado protegido del hotel. Era función de la casita preservar aquí, en medio de esta gran devastación de nieve, una forma irregular en V de hierba fuertemente incrustada, que crujía bajo los pies. Uno podría imaginar los grandes ventisqueros amontonados contra el lado de barlovento. Cuando el grupo alcanzó la paz comparativa de este lugar, se encontró que el sueco seguía vociferando.

—¡Oh, sé de qué se trata esto! Sé que todos se lanzarán sobre mí. ¡No puedo vencerlos a todos!

Scully se volvió hacia él como un pantera.

—No tendrás que pelear con todos nosotros. Tendrás que pelear con mi hijo Johnnie. Y el hombre que te moleste durante ese tiempo tendrá que lidiar conmigo.

Los arreglos se hicieron rápidamente. Los dos hombres se enfrentaron, obedientes a las duras órdenes de Scully, cuyo rostro, en la sutil penumbra luminosa, se podía ver con las austeras líneas impersonales que están pintadas en los semblantes de los veteranos romanos. Los dientes del hombre del Este castañeteaban, y saltaba arriba y abajo como un juguete mecánico. El vaquero permanecía como una roca.

Los contendientes no se habían quitado ninguna prenda. Cada uno estaba en su atuendo ordinario. Tenían los puños en alto y se

miraban con una calma que tenía elementos de crueldad leonina.

Durante esta pausa, la mente del hombre del Este, como una película, tomó impresiones duraderas de tres hombres: el maestro de ceremonias de nervios de hierro; el sueco, pálido, inmóvil, terrible; y Johnnie, sereno pero feroz, brutal pero heroico. Todo el prelude tenía en sí una tragedia mayor que la tragedia de la acción, y este aspecto fue acentuado por el largo y suave llanto de la ventisca, mientras lanzaba los copos tambaleantes y gemidores al abismo negro del sur.

—¡Ahora! —dijo Scully.

Los dos combatientes saltaron hacia adelante y chocaron como toros. Se escuchó el sonido amortiguado de los golpes y de una maldición que se escapaba entre los dientes apretados de uno.

En cuanto a los espectadores, el aliento contenido del hombre del Este explotó de él con un estallido de alivio, absoluto alivio de la tensión de los preliminares. El vaquero saltó en el aire con un aullido. Scully estaba inmóvil, como por supremo asombro y miedo ante la furia de la pelea que él mismo había permitido y organizado.

Por un tiempo, el encuentro en la oscuridad fue una perplejidad de brazos voladores que no presentaba más detalle que una rueda girando rápidamente. Ocasionalmente, un rostro, como si estuviera iluminado por un destello de luz, brillaba, macabro y marcado con manchas rosadas. Un momento después, los hombres podrían haber sido reconocidos como sombras, si no fuera por la emisión involuntaria de juramentos que salían de ellos en susurros.

De repente, un holocausto de deseo bélico atrapó al vaquero, y se lanzó hacia adelante con la velocidad de un bronco.

—¡Dale, Johnnie; dale! ¡Mátalo! ¡Mátalo!

Scully lo enfrentó.

—Atrás —dijo; y por su mirada, el vaquero pudo decir que este hombre era el padre de Johnnie.

Para el hombre del Este, había una monotonía de lucha inmutable que era una abominación. Esta confusa mezcla era eterna para su sentido, que estaba concentrado en un anhelo por el fin, el invaluable fin. Una vez, los luchadores se acercaron a él, y mientras se apresuraba a retroceder, los oyó respirar como hombres en el potro.

—¡Mátalo, Johnnie! ¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Mátalo!

El rostro del vaquero estaba contorsionado como una de esas máscaras de agonía en los museos.

—Cállate —dijo Scully con frialdad.

Entonces hubo un repentino fuerte gruñido, incompleto, interrumpido, y el cuerpo de Johnnie se alejó del sueco y cayó con una pesadez nauseabunda sobre la hierba. El vaquero apenas llegó a tiempo para evitar que el enloquecido sueco se arrojara sobre su adversario caído.

—No, no lo harás —dijo el vaquero, interponiendo un brazo—. Espera un segundo.

Scully estaba al lado de su hijo.

—¿Johnnie? ¿Johnnie, muchacho mío?

Su voz tenía una calidad de melancólica ternura.

—¿Johnnie? ¿Puedes continuar?

Miró ansiosamente el rostro ensangrentado y amoratado de su hijo.

Hubo un momento de silencio, y luego Johnnie respondió con su voz habitual:

—Sí, yo... eso... sí.

Asistido por su padre, luchó por ponerse de pie.

—Espera un poco ahora hasta que recuperes el aliento —dijo el anciano.

A unos pasos de distancia, el vaquero sermoneaba al sueco.

—¡No, no lo harás! ¡Espera un segundo!

El hombre del Este tiraba de la manga de Scully.

—Oh, esto es suficiente —suplicó—. ¡Esto es suficiente! Dejen las cosas como están. ¡Esto es suficiente!

—Bill —dijo Scully—, quítate de en medio.

El vaquero se hizo a un lado.

—Ahora.

Los combatientes fueron impulsados por una nueva cautela mientras avanzaban hacia la colisión. Se miraron con furia, y luego el sueco lanzó un golpe relámpago que llevaba consigo todo su peso. Evidentemente, Johnnie estaba medio atontado por la debilidad, pero milagrosamente esquivó, y su puño envió al sueco desequilibrado de bruces.

El vaquero, Scully y el hombre del Este lanzaron una ovación que fue como un coro de soldados triunfantes, pero antes de su conclusión, el sueco se había incorporado ágilmente y volvió en un abandono furioso hacia su enemigo. Hubo otra confusión de brazos voladores, y el cuerpo de Johnnie nuevamente se alejó y cayó, incluso como un fardo que podría caer de un techo. El sueco instantáneamente se tambaleó hacia un pequeño árbol mecido por el viento y se apoyó en él, respirando como una locomotora, mientras sus ojos salvajes y llameantes vagaban de rostro en rostro mientras los hombres se inclinaban sobre Johnnie. Había un esplendor de aislamiento en su situación en ese momento que el hombre del Este sintió una vez cuando, al levantar los ojos del hombre en el suelo, contempló esa misteriosa y solitaria figura, esperando.

—¿Estás bien todavía, Johnnie? —preguntó Scully con voz entrecortada.

El hijo jadeó y abrió los ojos lánguidamente. Después de un momento, respondió:

—No... no sirvo... más.

Entonces, por la vergüenza y el malestar corporal, comenzó a llorar, las lágrimas surcando las manchas de sangre en su rostro.

—Él era demasiado... demasiado... demasiado fuerte para mí.

Scully se irguió y se dirigió a la figura que esperaba.

—Extraño —dijo, serenamente—, todo ha terminado para nuestro lado.

Entonces su voz cambió a esa ronquera vibrante que es comúnmente el tono de los anuncios más simples y mortales.

—Johnnie ha sido vencido.

Sin responder, el vencedor se alejó en dirección a la puerta principal del hotel.

El vaquero estaba formulando nuevas e impronunciadas blasfemias. El hombre del Este se sorprendió al descubrir que estaban en un viento que parecía venir directamente de las sombrías banquisas árticas. Escuchó de nuevo el lamento de la nieve mientras era arrojada a su tumba en el sur. Sabía ahora que todo este tiempo el frío había estado hundiéndose en él más y más, y se preguntó cómo no había perecido. Se sentía indiferente a la condición del hombre vencido.

—Johnnie, ¿puedes caminar? —preguntó Scully.

—¿Lo lastimé... lo lastimé? —preguntó el hijo.

—¿Puedes caminar, muchacho? ¿Puedes caminar?

La voz de Johnnie fue repentinamente fuerte. Había una robusta impaciencia en ella.

—¡Te pregunté si lo lastimé!

—Sí, sí, Johnnie —respondió el vaquero consoladoramente—; está bastante lastimado.

Lo levantaron del suelo y, tan pronto como estuvo de pie, se alejó tambaleándose, rechazando todos los intentos de asistencia. Cuando el grupo dobló la esquina, quedaron prácticamente cegados por el azote de la nieve. Les quemaba el rostro como fuego. El vaquero llevó a Johnnie a través del ventisquero hasta la puerta. Al entrar, algunas cartas volvieron a levantarse del suelo y golpearon contra la pared.

El hombre del Este corrió hacia la estufa. Estaba tan profundamente helado que casi se atrevió a abrazar el hierro candente. El sueco no estaba en la habitación. Johnnie se hundió en una silla y, cruzando los brazos sobre las rodillas, enterró su rostro en ellos. Scully, calentando un pie y luego el otro en un borde de la estufa, murmuraba para sí con melancolía céltica. El vaquero se había quitado el gorro de piel y, con aire aturdido y triste, ahora se pasaba una mano por sus cabellos desordenados. Desde arriba podían oír el crujido de las tablas, mientras el sueco deambulaba de un lado a otro en su habitación.

La triste quietud fue interrumpida por la repentina apertura de una puerta que conducía a la cocina. Fue seguida al instante por una irrupción de mujeres. Se precipitaron sobre Johnnie en medio de un coro de lamentaciones. Antes de llevarse a su presa a la cocina, para ser bañado y arengado con esa mezcla de simpatía y reproche que es un logro de su sexo, la madre se irguió y fijó en el viejo Scully una mirada de severo reproche.

—¡Qué vergüenza para ti, Patrick Scully! —gritó—. Tu propio hijo, además. ¡Qué vergüenza para ti!

—¡Vamos, ahora! ¡Cálmate! —dijo el anciano débilmente.

—¡Qué vergüenza para ti, Patrick Scully!

Las chicas, uniéndose a este lema, olfatearon desdeñosamente en dirección a esos cómplices temblorosos, el vaquero y el hombre del

Este. Pronto se llevaron a Johnnie y dejaron a los tres hombres en lúgubre reflexión.

## VII

—Me gustaría pelear con este holandés —dijo el vaquero, rompiendo un largo silencio.

Scully movió la cabeza tristemente.

—No, eso no serviría. No estaría bien. No estaría bien.

—Bueno, ¿por qué no? —argumentó el vaquero—. No veo ningún daño en ello.

—No —respondió Scully con heroísmo melancólico—. No estaría bien. Fue la pelea de Johnnie, y ahora no debemos golpear al hombre solo porque golpeó a Johnnie.

—Sí, eso es bastante cierto —dijo el vaquero—; pero... mejor que no se ponga fresco conmigo, porque no podría soportar más.

—No le dirás ni una palabra —ordenó Scully, y aun entonces oyeron los pasos del sueco en las escaleras. Su entrada fue teatral. Abrió la puerta de un golpe y se pavoneó hasta el centro de la habitación. Nadie lo miró.

—Bueno —gritó insolentemente a Scully—, supongo que ahora me dirá cuánto le debo.

El anciano permaneció impasible.

—No me debes nada.

—¡Eh! —dijo el sueco—, ¡eh! No le debo nada.

El vaquero se dirigió al sueco.

—Extraño, no veo cómo puedes estar tan alegre por aquí.

El viejo Scully estuvo instantáneamente alerta.

—¡Detente! —gritó, extendiendo su mano con los dedos hacia arriba—. ¡Bill, cállate!

El vaquero escupió despreocupadamente en la caja de aserrín.

—No dije una palabra, ¿verdad? —preguntó.

—Señor Scully —llamó el sueco—, ¿cuánto le debo?

Se vio que estaba ataviado para partir y que tenía su valija en la mano.

—No me debes nada —repitió Scully en su misma manera imperturbable.

—¡Eh! —dijo el sueco—. Supongo que tiene razón. Supongo que, si fuera de alguna manera, usted me debería algo. Eso es lo que supongo.

Se volvió hacia el vaquero.

—"¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Mátalo!" —lo imitó, y luego se rió triunfalmente—. ¡Mátalo!

Estaba convulsionado con humor irónico.

Pero podría haber estado burlándose de los muertos. Los tres hombres estaban inmóviles y silenciosos, mirando con ojos vidriosos la estufa.

El sueco abrió la puerta y pasó a la tormenta, dando una mirada burlona hacia el grupo inmóvil.

Tan pronto como se cerró la puerta, Scully y el vaquero saltaron de sus asientos y comenzaron a maldecir. Pisotearon de un lado a otro, agitando los brazos y golpeando el aire con los puños.

—¡Oh, pero ese fue un momento difícil! —se lamentó Scully—. ¡Ese fue un momento difícil! ¡Él allí, burlándose y mofándose! ¡Un golpe en su nariz valía cuarenta dólares para mí en ese momento! ¿Cómo lo soportaste, Bill?

—¿Cómo lo soporté? —gritó el vaquero con voz temblorosa—. ¿Cómo lo soporté? ¡Oh!

El anciano estalló en súbito acento irlandés.

—¡Me gustaría tomar a ese sueco —se lamentó— y mantenerlo en un suelo de piedra y golpearlo hasta hacer puré con un palo!

El vaquero gimió en simpatía.

—¡Me gustaría agarrarlo por el cuello y machacarlo!

Golpeó una silla con un ruido como un disparo.

—¡Machacar a ese holandés hasta que no pudiera distinguirse de un coyote muerto!

—¡Lo golpearía hasta que él...!

—¡Le mostraría algunas cosas...!

Y luego, juntos, elevaron un grito fanático y anhelante.

—¡Oh, si tan solo pudiéramos...!

—¡Sí!

—¡Sí!

—Y entonces yo...

—¡Oh!

## VIII

El sueco, agarrando firmemente su valija, cruzó la cara de la tormenta como si llevara velas. Seguía una línea de pequeños árboles desnudos y jadeantes, que sabía debían marcar el camino de la carretera. Su rostro, fresco por los golpes de los puños de Johnnie, sentía más placer que dolor en el viento y la nieve que azotaba. Finalmente, unas formas cuadradas se alzaron ante él, y las reconoció como las casas del cuerpo principal del pueblo. Encontró una calle y avanzó por ella, apoyándose pesadamente contra el viento cada vez que, en una esquina, una ráfaga terrible lo alcanzaba.

Podría haber estado en un pueblo desierto. Imaginamos el mundo repleto de una humanidad triunfante y jubilosa, pero aquí, con las trompetas de la tempestad resonando, era difícil imaginar una tierra habitada. Uno veía la existencia del hombre entonces como una maravilla, y concedía un glamour de asombro a estos piojos que se aferraban a un bulbo que giraba, golpeado por el fuego, encerrado en hielo, asolado por enfermedades y perdido en el espacio. La vanidad del hombre era explicada por esta tormenta como el verdadero motor de la vida. Uno era un engreído por no morir en ella. Sin embargo, el sueco encontró una taberna.

Delante de ella, una indomable luz roja ardía, y los copos de nieve se teñían de color sangre mientras volaban a través del territorio circunscrito del resplandor de la lámpara. El sueco empujó la puerta de la taberna y entró. Una extensión cubierta de arena se abría ante él, y al final de ella cuatro hombres sentados alrededor de una mesa bebían. A lo largo de un lado de la habitación se extendía una resplandeciente barra, y su guardián se apoyaba en los codos escuchando la conversación de los hombres en la mesa. El sueco

dejó caer su valija al suelo y, sonriendo fraternalmente al cantinero, dijo:

—Dame un whisky, ¿quieres?

El hombre colocó una botella, un vaso de whisky y un vaso de agua espesa por el hielo sobre la barra. El sueco se sirvió una porción anormal de whisky y la bebió en tres tragos.

—Noche bastante mala —comentó el cantinero con indiferencia.

Estaba fingiendo ceguera, que suele ser una distinción de su clase; pero se podía ver que estudiaba furtivamente las manchas de sangre medio borradas en el rostro del sueco.

—Noche mala —dijo de nuevo.

—Oh, es lo suficientemente buena para mí —respondió el sueco, con valentía, mientras se servía más whisky.

El cantinero tomó su moneda y la introdujo en la altamente niquelada registradora. Sonó una campana; apareció una tarjeta etiquetada "20 cts."

—No —continuó el sueco—, este no es un clima demasiado malo. Es lo suficientemente bueno para mí.

—¿Ah, sí? —murmuró el cantinero lánguidamente.

Los abundantes tragos hicieron que los ojos del sueco se nublaran, y respiraba un poco más pesado.

—Sí, me gusta este clima. Me gusta. Me sienta bien.

Aparentemente, su intención era impartir un profundo significado a estas palabras.

—¿Ah, sí? —murmuró el cantinero nuevamente.

Se volvió para mirar soñadoramente los pájaros como pergaminos y los pergaminos como pájaros que habían sido dibujados con jabón en los espejos detrás de la barra.

—Bueno, supongo que tomaré otro trago —dijo el sueco al poco tiempo—. ¿Quieres algo?

—No, gracias; no bebo —respondió el cantinero.

Después preguntó:

—¿Cómo te lastimaste la cara?

El sueco inmediatamente comenzó a alardear en voz alta.

—Pues, en una pelea. Le di una paliza a un hombre allá en el hotel de Scully.

El interés de los cuatro hombres en la mesa finalmente se despertó.

—¿Quién fue? —dijo uno.

—Johnnie Scully —fanfarroneó el sueco—. Hijo del hombre que lo dirige. Estará casi muerto por algunas semanas, puedo decirles. Hice un buen trabajo con él, sí que lo hice. No podía levantarse. Lo llevaron a la casa. ¿Quieren un trago?

Al instante, los hombres de alguna manera sutil se encerraron en reserva.

—No, gracias —dijo uno.

El grupo tenía una formación curiosa. Dos eran prominentes hombres de negocios locales; uno era el fiscal del distrito; y otro era un jugador profesional del tipo conocido como "honesto". Pero un escrutinio del grupo no habría permitido a un observador distinguir al jugador de los hombres de ocupaciones más respetables. Era, de hecho, un hombre tan delicado en sus modales cuando estaba entre gente de buena clase, y tan juicioso en la elección de sus víctimas, que en la parte estrictamente masculina de la vida del pueblo había llegado a ser explícitamente confiable y admirado. La gente lo llamaba un purasangre. El miedo y desprecio con que se veía su oficio era, sin duda, la razón por la que su tranquila dignidad brillaba de manera conspicua por encima de la tranquila dignidad de hombres que podrían ser simplemente sombrereros, encargados de

billares o dependientes de tiendas. Más allá de un ocasional viajero incauto que llegaba por ferrocarril, se suponía que este jugador se aprovechaba únicamente de granjeros imprudentes y seniles que, cuando tenían buenas cosechas, llegaban al pueblo con todo el orgullo y la confianza de una estupidez absolutamente invulnerable. Al enterarse en ocasiones, de manera indirecta, del despojo de tal granjero, los hombres importantes de Romper invariablemente se reían con desprecio de la víctima, y si pensaban en el lobo en absoluto, era con una especie de orgullo al saber que nunca se atrevería a atacar su sabiduría y coraje. Además, era popular que este jugador tenía una verdadera esposa y dos verdaderos hijos en una casita ordenada en un suburbio, donde llevaba una vida hogareña ejemplar, y cuando alguien siquiera sugería una discrepancia en su carácter, la multitud inmediatamente vociferaba descripciones de este virtuoso círculo familiar. Entonces, hombres que llevaban vidas hogareñas ejemplares y hombres que no las llevaban, todos se calmaban en grupo, comentando que no había más que decir.

Sin embargo, cuando se le imponía una restricción—como, por ejemplo, cuando una fuerte camarilla de miembros del nuevo Club Pollywog se negaba a permitirle, incluso como espectador, aparecer en las salas de la organización—la franqueza y gentileza con que aceptaba el juicio desarmaba a muchos de sus enemigos y hacía que sus amigos fueran más desesperadamente partidarios. Invariablemente distinguía entre él mismo y un hombre respetable de Romper tan rápida y francamente que su manera en realidad parecía ser un continuo cumplido difundido.

Y no debe olvidarse declarar el hecho fundamental de toda su posición en Romper. Es irrefutable que en todos los asuntos fuera de su negocio, en todas las cuestiones que ocurren eternamente y comúnmente entre hombre y hombre, este jugador ladrón de cartas era tan generoso, tan justo, tan moral, que, en una contienda, podría haber hecho huir las conciencias de nueve décimas partes de los ciudadanos de Romper.

Y así sucedió que estaba sentado en esta taberna con los dos prominentes comerciantes locales y el fiscal del distrito.

El sueco continuó bebiendo whisky puro, mientras tanto balbuceaba al cantinero e intentaba inducirlo a que se uniera a las libaciones.

—Vamos. Toma un trago. Vamos. ¿Qué? ¿No? Bueno, entonces toma uno pequeño. ¡Por Dios, he golpeado a un hombre esta noche y quiero celebrarlo! Lo golpeé bien, también. Caballeros —gritó el sueco a los hombres en la mesa—, ¿quieren un trago?

—¡Shh! —dijo el cantinero.

El grupo en la mesa, aunque furtivamente atento, había estado fingiendo estar inmerso en la conversación, pero ahora un hombre alzó los ojos hacia el sueco y dijo brevemente:

—Gracias. No queremos más.

Ante esta respuesta, el sueco infló su pecho como un gallo.

—Bueno —explotó—, parece que no puedo conseguir que nadie beba conmigo en este pueblo. Parece que sí, ¿no? ¡Bueno!

—¡Shh! —dijo el cantinero.

—Oye —gruñó el sueco—, no trates de callarme. No lo permitiré. Soy un caballero y quiero que la gente beba conmigo. Y quiero que beban conmigo ahora. Ahora, ¿entiendes?

Golpeó la barra con los nudillos.

Años de experiencia habían endurecido al cantinero. Simplemente se puso malhumorado.

—Te oigo —respondió.

—Bueno —gritó el sueco—, entonces escucha bien. ¿Ves a esos hombres allá? Bueno, van a beber conmigo, y no lo olvides. Ahora mira.

—¡Eh! —gritó el cantinero—, ¡esto no está bien!

—¿Por qué no? —preguntó el sueco.

Se acercó a la mesa y, por casualidad, puso su mano sobre el hombro del jugador.

—¿Qué pasa con esto? —preguntó, colérico—. Te pedí que bebieras conmigo.

El jugador simplemente giró la cabeza y habló por encima del hombro.

—Amigo, no lo conozco.

—¡Oh, diablos! —respondió el sueco—, ven y toma un trago.

—Ahora, muchacho —aconsejó el jugador amablemente—, quita tu mano de mi hombro y vete y atiende tus propios asuntos.

Era un hombre pequeño y delgado, y parecía extraño oírlo usar este tono de heroico patronazgo hacia el corpulento sueco. Los otros hombres en la mesa no dijeron nada.

—¿Qué? ¿No beberás conmigo, pequeño presumido? ¡Entonces te obligaré! ¡Te obligaré!

El sueco había agarrado frenéticamente al jugador por el cuello y lo arrastraba de su silla. Los otros hombres se pusieron de pie de un salto. El cantinero corrió alrededor de la esquina de su barra. Hubo un gran tumulto, y entonces se vio una larga hoja en la mano del jugador. Se lanzó hacia adelante, y un cuerpo humano, esta ciudadela de virtud, sabiduría y poder, fue atravesado tan fácilmente como si hubiera sido un melón. El sueco cayó con un grito de supremo asombro.

Los prominentes comerciantes y el fiscal del distrito debieron haber salido del lugar de inmediato y de espaldas. El cantinero se encontró colgando lánguidamente del brazo de una silla y mirando a los ojos de un asesino.

—Henry —dijo este último, mientras limpiaba su cuchillo en una de las toallas que colgaban debajo del raíl de la barra—, díles dónde encontrarme. Estaré en casa, esperándolos.

Luego desapareció.

Un momento después, el cantinero estaba en la calle clamando a través de la tormenta por ayuda y, además, compañía.

El cadáver del sueco, solo en la taberna, tenía sus ojos fijos en una leyenda terrible que habitaba en lo alto de la registradora: "Esta registra la cantidad de su compra".

## IX

Meses después, el vaquero estaba friendo cerdo sobre la estufa de un pequeño rancho cerca de la frontera de Dakota, cuando hubo un rápido golpeteo de cascos afuera y, al poco tiempo, el hombre del Este entró con las cartas y los periódicos.

—Bueno —dijo el hombre del Este de inmediato—, el tipo que mató al sueco ha recibido tres años. No fue mucho, ¿verdad?

—¿Lo ha hecho? ¿Tres años?

El vaquero mantuvo su sartén de cerdo en el aire mientras meditaba sobre la noticia.

—Tres años. Eso no es mucho.

—No. Fue una sentencia ligera —respondió el hombre del Este mientras se desabrochaba las espuelas—. Parece que hubo bastante simpatía por él en Romper.

—Si el cantinero hubiera servido para algo —observó el vaquero pensativamente—, habría entrado y golpeado a ese holandés en la

cabeza con una botella al principio y habría detenido todo este asesinato.

—Sí, podrían haber pasado mil cosas —dijo el hombre del Este con acritud.

El vaquero devolvió su sartén de cerdo al fuego, pero su filosofía continuó.

—Es curioso, ¿no? Si no hubiera dicho que Johnnie estaba haciendo trampa, estaría vivo en este momento. Fue un tonto terrible. El juego se jugaba por diversión, también. No por dinero. Creo que estaba loco.

—Siento pena por ese jugador —dijo el hombre del Este.

—Oh, yo también —dijo el vaquero—. No merece nada de esto por matar a quien mató.

—El sueco podría no haber sido asesinado si todo hubiera sido justo.

—¿Podría no haber sido asesinado? —exclamó el vaquero—. ¿Todo justo? ¿Por qué, cuando dijo que Johnnie estaba haciendo trampa y actuó como un idiota? Y luego, en la taberna, prácticamente caminó para que lo lastimaran.

Con estos argumentos, el vaquero intimidó al hombre del Este y lo redujo a la ira.

—¡Eres un tonto! —gritó el hombre del Este con saña—. Eres un idiota más grande que el sueco por una mayoría de un millón. Ahora déjame decirte una cosa. Déjame decirte algo. ¡Escucha! ¡Johnnie estaba haciendo trampa!

—¿"Johnnie"? —dijo el vaquero en blanco.

Hubo un minuto de silencio, y luego dijo con firmeza:

—Pues no. El juego era solo por diversión.

—Diversión o no —dijo el hombre del Este—, Johnnie estaba haciendo trampa. Lo vi. Lo sé. Lo vi. Y me negué a ponerme de pie y

ser un hombre. Dejé que el sueco lo resolviera solo. Y tú... tú simplemente andabas por ahí resoplando y queriendo pelear. Y luego el propio viejo Scully. ¡Todos estamos involucrados! Este pobre jugador ni siquiera es un sustantivo. Es una especie de adverbio. Todo pecado es el resultado de una colaboración. Nosotros, cinco de nosotros, hemos colaborado en el asesinato de este sueco. Por lo general, hay de una docena a cuarenta mujeres realmente involucradas en cada asesinato, pero en este caso parece ser solo cinco hombres: tú, yo, Johnnie, el viejo Scully, y ese tonto de jugador desafortunado vino simplemente como una culminación, el ápice de un movimiento humano, ¡y recibe todo el castigo!

El vaquero, herido y rebelde, gritó a ciegas en esta niebla de misteriosa teoría.

—Bueno, yo no hice nada, ¿verdad?

**FIN**

1. [El hotel azul - Stephen Crane](#)
2. [I](#)
3. [II](#)
4. [III](#)
5. [IV](#)
6. [V](#)
7. [VI](#)
8. [VII](#)
9. [VIII](#)
10. [IX](#)

**¡Gracias por leer este libro de**  
**[www.elejandria.com](http://www.elejandria.com)!**

**Descubre nuestra colección de obras de  
dominio público en castellano en nuestra web**